

Tradición, manipulación y actualidad de la violencia en Vasconia

(Tradition, manipulation and present time of violence in the Basque Country)

Rivera, Antonio
Univ. del País Vasco. Dpto. Historia Contemporánea.
Paseo de las Universidades, 5
01006 Vitoria-Gasteiz

BIBLID [1136-6834 (1998), 26; 309-314]

La violencia ha sido también una constante de la historia vasca de los dos últimos siglos. Pero ésta ha de verse en una doble dirección: de lo interior frente a lo exterior, y entre vascos de una opinión y otra. No hay posibilidad de señalar a unos frente a otros como detentadores continuos del "ser vasco". La actual violencia juvenil no tiene tanto de espontánea como de planificadora en el marco de una estrategia concreta de acción política.

Palabras Clave: Violencia. Siglos XIX-XX. Vasconia.

Indarkeria etengabea izan da azken bi mendetako euskal historian ere. Baina beroni bi ikuspuntutatik begiratu behar zaio: barnekoak kanpokoarekikoa eta eritzi bateko eta besteko euskaldunen artekoa. Ez dago modurik batzu besteen aurrean "euskal izatearen" betiereko jabe gisa aldarrikatzeko eta bereizteko modurik. Gaur egungo gazte-indarkeria, espontanea, berezkoa baino gehiago, planifikatua da, ekintza politikarako estrategia zehartzaren barruan planifikatua.

Giltz-Hitzak: Indarkeria. XIX-XX. mendeak. Baskonia.

La violence est une constante dans l'histoire basque aux XIX et XXe siècles. Mais, cette violence a une double direction: de l'intérieur contre l'extérieur, et entre les basques d'une et de l'autre opinion. Il n'y a pas des basques purs dans le processus historique, n'y a pas une forme historique du "être basque". La violence de la jeunesse d'aujourd'hui n'est pas spontanée. Au contraire, c'est une violence organisée dans une stratégie d'action politique bien concret.

Mots Clés: Violence. XIX-XX siècles. Pays Basque.

Supongo que para estas horas -última sesión de estas jornadas-, no pecaré de original si advierto la sorpresa que me produjo el conocimiento de los enunciados de este ciclo. Conectar directamente los sucesivos conflictos bélicos por los que ha pasado el País Vasco, en un tratamiento histórico y no de técnica militar, ya parece algo bastante discutible. Si Zumalacárregui y el Cura Santa Cruz podían tener algunas conexiones ideológicas, no resulta tan fácil establecer similar ligazón entre éstos y, por ejemplo, en la última guerra civil, Beorlegui, Oriol o Aguirre, dependiendo de quién elijamos a cada instante como expresión o representación genuina de los vascos en cada contienda. Ahora bien, si de ahí se salta ya a la actual violencia juvenil de fin de semana es que se está llevando a cabo una operación intelectual demasiado arriesgada y muy discutiblemente amparada por la historia.

Es un punto de partida comúnmente aceptado en el trabajo historiográfico el hecho de que cada proceso histórico responde a una serie de condicionantes inmediatos y lejanos. Los primeros hacen sustancialmente diferente cada situación y distinguen con claridad, en el terreno en que estamos ahora, por ejemplo, los motivos de la primera guerra carlista de los de la segunda. Zumalacárregui y el cura Santa Cruz, volviendo al caso, aun los dos carlistas, responderían a situaciones harto diferentes: el primero a un proceso de instalación de la lógica liberal capitalista y del Estado liberal que conocemos hoy; el segundo a una instalación definitiva de éstos y, sobre todo, a la amenaza de un particular desarrollo en el marco del Sexenio de 1868 a 1874, esto es, a la posibilidad de un proceso más democrático, al cuestionamiento de la anterior posición y papel de la Iglesia respecto del Estado o, en su extremo, a la percepción de que de la mano del liberalismo puede venir el socialismo que ya apunta por Europa y, con él, la disolución de las viejas sociedades tradicionales. El canónigo Mantecola lo definió perfectamente en su opúsculo "Don Carlos o el Petróleo".

Son las causas últimas, las intrahistóricas, las que han permitido trenzar una historiografía de corte nacionalista y forzar la visión de una continuidad entre las sucesivas guerras desarrolladas en el suelo vasco. Desde esa perspectiva, la insatisfacción de los vascos ante la instalación del Estado nacional español estaría en el trasfondo de todas las contiendas. Pero, insisto, tan arriesgada visión histórica encontraría un primer problema, el habitual problema de la historiografía nacionalista: determinar con precisión quién, qué bando es a cada instante el detentador de lo que podría llamarse el "espíritu vasco", el "volkgeist" vasco. Si en las dos guerras carlistas hay un lugar común, harto falso, que invita a dirigir la mirada hacia los carlistas e identificar a éstos como quintaesencia del "sentir vasco", la cosa se complica hacia el futuro. ¿Quién es "el vasco" en la última guerra civil española: otra vez, José Luis Oriol, Beorlegui, José Antonio Aguirre o los anarquistas defensores de la ciudad de San Sebastián? Elegir entre unos u otros supone realizar ese ejercicio de simplificación y falseamiento característico de esa historiografía que tiene por presupuesto el obviar que todas y cada una de las contiendas o crisis vascas tienen vascos en una y otra trinchera. Exactamente lo mismo que hoy ocurre. En definitiva, que no puede prescindirse de la segunda o primera parte de la tensión, que si hay una pugna entre España y el País Vasco durante el tiempo foral, durante el tiempo del arreglo del fuero, durante el tiempo posterior a la abolición o, incluso, durante las reivindicaciones autonomistas, hay también otro conflicto interno a los propios vascos que los divide por razones económicas, sociales, ideológicas y políticas. Por lo tanto, quede claro mi cuestionamiento de semejante historiografía, construida desde ese hilo conductor de la resistencia vasca a su españolización; hilo conductor que si, efectiva-

mente, existe, no siempre, o no demasiadas veces, es el prioritario o esencial a la hora de explicarnos los conflictos en nuestra tierra.

En un salto al vacío propio de trapecistas arriesgados o de especulación intelectual exagerada, pasamos a la actual violencia o conflicto vasco, y nos centramos, como reza el título, en la violencia juvenil. Entiendo, más como observador de la realidad que como historiador, que la misma, aún reciente, no responde sino a una variante estratégica del espacio socio-político de apoyo a ETA. Hay una razón de debilidad en la acción violenta y armada de esa organización, pero, sobre todo, entiendo que prima la traslación del conflicto al conjunto de la sociedad, la consideración de que la catarsis de la que debe salir como resultado una hipotética y escalofriante, para mí, nación vasca limpia y pura debe llevarse a efecto mediante la limpieza interior, mediante una suerte de lucha de clases aplicada al propio espacio vasco.

El momento es, pues, consecuente con la reflexión ideológica de los teóricos del MLNV. Si se impugna la acción del PNV o de EA por no ser suficientemente nacionalistas en la práctica, se está diciendo que el conflicto se generaliza y extiende, de una lucha entre nacionalistas y no nacionalistas, a otra entre nacionalistas tenidos por auténticos contra todos los demás; en definitiva, la vieja confrontación de movimientos contrasociales, fortalecidos y cerrados, que lleva a interpretar todo en términos de "nosotros y los demás".

En ese punto, el argumento que se esgrime es la cuestión de los presos de ETA. Se plantea una llamada "socialización del sufrimiento" consistente en la práctica en considerar blancos o enemigos a todos aquéllos que no se muestran comprensibles o solidarios con cualquier cosa que se haga, ahora, en favor de esos presos. Y a tal efecto, se dramatiza hasta el extremo la penosa situación de éstos en las cárceles así como la de sus familias. Situación que era tal desde la amnistía de finales de los setenta y, más aún, desde la política de dispersión del ministro Múgica, pero que ahora se pasa a interpretar como insostenible, dramática, de vida o muerte.

Por lo tanto, la violencia juvenil se ampara en un argumento humanitario, como es la defensa de los derechos, objetivamente tales, de esos presos, pero a uno le asalta la sospecha de si semejante dramatización no podría haberse cargado de razones también hace dos o tres o cinco años, y no se hizo. Sospecha uno que, aún con las razones objetivas que existen, existe también una tradicional instrumentalización de la situación de los presos y de sus familiares y de su situación.

Sea como sea, eso se traduce en violencia extendida al conjunto de la sociedad, de manera que todo vasco, al margen de su condición o criterio, es susceptible de ser amenazado por la misma. Se piensa así que todo vasco va a pasar a considerar las razones de este conflicto, se va a interesar por él; o que todo vasco va a acabar por pedir también lo que piden los violentos, al objeto de que se le deje en paz y de que cese la amenaza que le persigue.

Puede ser, pero creo que, al margen de los éxitos puntuales de semejante estrategia, ello no conduce sino a la confrontación interna de la sociedad vasca -civil es decir mucho-, y a una situación difícilmente sostenible por diversas razones. En principio, la experiencia dice que el efecto de la violencia callejera acaba instalándose como primer argumento visual. El

ciudadano olvida lógicamente si detrás de ese fuego de fin de semana hay una problemática de presos. Lo que percibe es que hay fuego, y que el fuego le puede quemar a él. El objetivo último, por lo tanto, si es éste, se difumina. Pero por otro lado, la violencia, frente a una intrínseca violencia estatal, de éste y de cualquier Estado, de los actuales y de los que nos tengan preparados, se trata de imponer como criterio de resolución de las cuestiones. La lógica de la violencia, la lógica de la guerra civil, se trata de imponer como presupuesto. Entiendo que mirando hacia atrás cualquier cosa se quiera justificar y manipular a partir del sufrimiento y violencia de nuestros ancestros. Entiendo menos el futuro de una sociedad y de una nación vasca que se apoyen en semejantes columnas.

En toda Europa hay violencia juvenil. La depreciación de las condiciones de vida y de las expectativas de futuro de esta sociedad cada vez más ultraliberal está forzando e invitando a la desesperación y a la violencia. Pero la violencia de fin de semana en las calles vascas no es la traslación de esa violencia y no se puede justificar igual que la de las calles de Londres o de Berlín. Aquí no hay violencia espontánea sino planificada, que durará lo que interese que dure para dar otro paso en determinada estrategia. Ni son marginales descerebrados y sin futuro (todo lo contrario, son jóvenes perfectamente integrados y protegidos por su medio social), ni son los restos del naufragio de un izquierdismo español trasladado a Euskadi. Lo siento por Atutxa y por Arzalluz, pero la violencia juvenil que soportan y soportamos es una violencia que se justifica por la estrategia de un movimiento nacionalista que le da aliento. ¿Que hay también falta de futuro?, ¿que otra situación socioeconómica mitigaría su entidad? Es posible, pero lo que está claro es que sus protagonistas no son los parias de la tierra, desarraigados y expulsados de la sociedad. Son presuntos insurgentes que cuando los coroneles de la insurgencia les den la orden de parar, si no se da demasiado tarde, pararán.

Y del futuro, más que de las salidas, ¿qué se puede decir? De momento, que quien conduce esa violencia no tiene intención de replantear su estrategia. La dirección política de ese 15 ó 18% de los vascos sigue empeñada en suponer más que eso por la vía alterna de la violencia más o menos selectiva y profesionalizada y de la desestabilización y el miedo extendido y visible a todos y por todos los vascos. Es la pescadilla que se muerde la cola: hay violencia porque hay un supuesto conflicto o cuestión vasca, y la muestra de que existe éste es, o se quiere decir así, que hay violencia. Pero semejante "perpetuum mobile", que nos atrapa y desespera desde hace décadas, no funciona sólo sino que es activado y desactivado a voluntad de una minoría del país, lo que, de tener éxito en sus propuestas, vendría a consolidar una estrategia nefasta: la de la imposición violenta de los argumentos.

Mucho se habla de la constitución ideológica interna del mundo del MLNV. Se caracteriza particularmente por la ambigüedad y dualidad confusa que surge de mezclar agua y aceite, nacionalismo esencialista con izquierdismo de nuevo cuño, pero interpretado a la manera paleolítica. En esa confusión, la guerra de clases interna se traduce en catarsis nacional necesaria, y la independencia en una suerte de revolución de última hora. Y como dice el panfleto de la *Kale Borroka* dedicado al sector de la enseñanza: "el que no quiera vivir en una Euskalherria libre, que se vaya", o dicho de otra forma, al que no quiera ser libre le obligaremos a la fuerza.

Con esos postulados se puede acabar en cualquier realidad social o política. No es la primera vez que semejantes fórmulas prosperan en la historia. El problema es que todo ello vuel-

ve a dar la razón al sabio Cioran cuando señalaba cómo todo aquel que ama profundamente a su país, todo supuesto buen y auténtico nacionalista radical, está pensando en la eliminación de la mitad de sus habitantes. El filósofo no se refería básicamente a la eliminación física, especulaba con una metáfora. Pero de la interpretación más radical de su aserto también sabemos algo.